

ACTIVIDADES NAUTICAS

Si bien las actividades náuticas se desarrollan a lo largo de todo el año, la época de primavera y verano es favorable para su incremento, siendo esta última particularmente propicia para los deportes náuticos.

Al respecto, cabe constatar la variedad de modalidades en que estas prácticas deportivas se han diversificado, lo que se traduce en el notorio aumento de los participantes, al dar a cada cual la posibilidad de cultivar aquellas que más se acomoden a sus particulares preferencias. Otro factor que favorece este crecimiento es la progresiva disminución de los precios de sus implementos, dado el natural encadenamiento del proceso de interacción mutua entre demanda y oferta, que termina por poner al alcance de la mano posibilidades de equipamiento anteriormente distantes de la capacidad de consumo de los aficionados, mayoritariamente jóvenes, cuyos ingresos no son por lo general, precisamente altos.

Lo importante de destacar es que el auge de estos deportes trasciende lo meramente atingente a su práctica y se proyecta a aspectos relacionados con el acercamiento al mar como costumbre generalizada de la población, lo que tiene una importante connotación sociológica de indudable conveniencia para nuestro país, cuya condición geográfica es esencialmente marítima. Por otra parte, toca resortes de orden industrial y comercial de alto contenido económico, que impulsa el desarrollo de tecnologías de producción y comerciales, de gran proyección futura. Por último, pero no menos importante, debe recordarse que este revitalizado mundo náutico de nuestros días se mueve en torno a un conjunto de particularidades, tradiciones y relaciones que sirven de plataforma a nuestra conciencia marítima y, junto con ello, promueven, a través de sus participantes más activos y entusiastas, una positiva y promisoría vinculación internacional.

Es así como las actividades náuticas que antes se reducían a las manifestaciones deportivas de un restringido círculo de yatistas y de algunos centros navales de rememoración marinera, constituyen en la actualidad un conjunto multifacético de cultores, que ha adquirido un grado de avance verdaderamente explosivo y tiende a expandirse en términos exponenciales, beneficiando directamente al país, toda vez que por esta vía está reencontrando la vocación marítima que sus características geográficas, su singular historia y su dimensión oceánica le señalan como su natural forma de desarrollo.

De aquí la importancia de los deportes náuticos, que ya destacáramos en nuestro editorial de la Revista 1/94 y cuyo desarrollo, comentado detalladamente en un artículo que hemos incluido en la presente edición, refrenda fundadamente tal convicción.

Lo anterior nos lleva a señalar ahora las derivaciones concretas de estas actividades deportivas. Hace sólo un par de meses se llevó a efecto en la capital, Santiago, centro indiscutido del más competitivo despliegue comercial en Chile, una exitosa muestra comercial náutica que mostró el grado de avance no sólo de la producción chilena y de las transacciones comerciales internas, sino de los niveles de exportación nacional de los productos del rubro. El notable desarrollo de ambos aspectos y su favorable proyección interna y externa, ponen de relieve el verdadero salto tecnológico que ha acompañado a este auge deportivo.

De acuerdo con lo evidenciado en dicho evento, se manejan cifras reveladoras de un avance innegable y tendencias auspiciosas de un progreso sostenido. Cabe consignar que sólo en 1994 se importaron 1.440 embarcaciones, incluyendo veleros, yates, lanchas, motos acuáticas y botes inflables. La producción nacional, por su parte, alcanzó a 1.100 unidades de tales mismos tipos, debiendo importarse aproximadamente la mitad de los insumos necesarios. El incremento anual de todas estas unidades e implementos es del orden del 20%, lo que promueve a su vez la construcción de la infraestructura adecuada en el borde costero y lacustre.

Esta creciente oferta favorece la incorporación de nuevos aficionados a los deportes náuticos, creándose un círculo virtuoso que es el que ha permitido, por las ventajas competitivas sobrevinientes, exportar muchos de los artículos producidos, por valores que en el año pasado alcanzaron sobre los ochocientos mil dólares y este año se espera sobrepasen el millón, orientando sus ventas principalmente a países latinoamericanos, como Argentina, Ecuador, Panamá y Perú. Con este progreso náutico industrial y comercial, Chile tiene muy buenas expectativas para superar el cuarto lugar entre sus pares, que hoy lo ubica tras Argentina, Brasil y Venezuela.

Por otra parte, las actividades náuticas van creando espacios culturales y sociales de no poca trascendencia en el marco de las vinculaciones nacionales e internacionales. En Chile tenemos una institución, "El Caleuche", por muchos rasgos célebre, cuyo culto de las tradiciones navales y marineras es de suyo preponderante y tan consolidado que sus diferentes sedes cubren prácticamente todo nuestro litoral, e incluso han encontrado buenos surgideros en el extranjero. También es famosa la "Hermandad de la Costa", entidad nacional de sorprendente expansión en el mundo, donde abarca veintidós países que acogen cordialmente sus "naos", en las cuales se cumplen los ritos de la mar y se afianzan los fraternales principios de su "Octálogo", verdadero código de conducta marinera que en sus singladuras, cualquiera sea el país anfitrión, es de rigor leer en castellano como homenaje al origen chileno de la organización. Recién hace un año, en octubre de 1994, celebró en nuestro país su Tercer Zafarrancho Mundial, que congregó a 375 "hermanos", entre chilenos y de otras catorce nacionalidades.

Junto a lo anterior, es particularmente grato destacar que durante la última semana del pasado mes de octubre, se llevó a efecto en nuestro país, una reunión de alto contenido náutico y singulares características internacionales: el 51o. Congreso de CAPHORNIERS, Cofradía de los Capitanes del Cabo de Hornos, asociación de marinos que reunió en su seno a quienes, al mando de veleros de carga habían

cruzado las procelosas aguas del cabo de Hornos. En ella se mantienen con especial dedicación las tradiciones marineras ligadas a esa etapa romántica y azarosa de la navegación a propulsión eólica, en una zona especialmente exigente del recio temple que se considera consubstancial al marino avezado.

Chile, país de navegantes, que ejerce dominio sobre esas desafiantes aguas de reconocida braveza, en cuya mar arbolada se han ido a pique tantas naves de distintas banderas, tripuladas todas por expertas tripulaciones de rancio linaje mariner, integra con reconocidos méritos esta organización, a la que aporta aquellos Comandantes de su Armada que en el cumplimiento de sus continuas comisiones por nuestro extenso mar, les haya tocado en suerte trazar su rumbo por esas aguas legendarias.

Todos ellos, en número superior al de otros países, por nuestra frecuente presencia naval en tales mares, asumen con orgullo la responsabilidad que esta realidad les impone y, sea en servicio activo o en retiro, alientan con su capacidad profesional volcada a la proyección de esas valiosas lecciones del pasado, el desarrollo de estos eventos de indudable exaltación del recto espíritu del hombre de mar, que tanto prestigio ha dado a nuestros marinos y a la Patria, y que por esta vía del culto a la tradición va siendo imbuido con tan señalado éxito en la juventud de nuestro tiempo.

REVISTA DE MARINA realza en esta ocasión el alto significado de estos eventos y consideraciones, y se suma a los esfuerzos de muchos de sus colaboradores y lectores que, alentados por las profundas motivaciones que emanan de su vocación, llevan a cabo estas actividades. Todos ellos, junto a los deportistas y profesores de navegación a vela, como a los fabricantes y distribuidores de los implementos náuticos y a las instituciones que cultivan la cultura marina, contribuyen en grado sumo a impulsar las prácticas y valores marineros cuyo resultado final es acercar a Chile a su realización plena como nación firmemente enlazada al mar.

Tuvo especial emotividad, por la contundencia de los riesgos corridos al cumplir sus hazañas, el encuentro fraternal de esos recios lobos de mar que concurrieron a nuestro suelo no sólo con el afán de reencontrarse en la tierra que bordea las aguas de sus logros marineros, sino como un símbolo de todos los marinos que, como peregrinos del mar que son, siempre vuelven al solar de sus amores para testimoniar la fuerza de sus afectos. Así han contribuido a reafirmar la conciencia marinera de un pueblo como el nuestro, que si bien comienza a perfilarse fiel a sus tradiciones de grandeza en el mar, aún requiere de ejemplos fortificantes para temprar su voluntad de ser.

Con todo ello, el pueblo chileno tendrá las luces y las fuerzas necesarias para llevar a feliz término su inconcuso destino oceánico, realizándolo a través de un desarrollo forjado en el crisol del duro quehacer marítimo, cuya faz más atrayente la constituyen las estimulantes y fecundas actividades náuticas.